

Palmeras. Santiago Gil

miércoles, 08 de abril de 2009

Modificado el domingo, 19 de mayo de 2013

PSICOGRAFÍAS

“No podríamos imaginar estas islas sin palmeras”

Palmeras
Santiago Gil

No podríamos imaginar estas islas sin palmeras. Ahora que el picudo rojo y los malos vientos se empeñan en echarlas abajo es cuando más necesaria se hace su reivindicación. No tendríamos la misma mirada de no habernos cruzado con los palmerales que encontrábamos en los barrancos o en las costas más paradisíacas de las islas.

PSICOGRAFÍAS

“No podríamos imaginar estas islas sin palmeras”

Palmeras
Santiago Gil

No podríamos imaginar estas islas sin palmeras. Ahora que el picudo rojo y los malos vientos se empeñan en echarlas abajo es cuando más necesaria se hace su reivindicación. No tendríamos la misma mirada de no habernos cruzado con los palmerales que encontrábamos en los barrancos o en las costas más paradisíacas de las islas. Le debemos el nombre de nuestra provincia y de la capital que nos identifica cuando viajamos lejos o vamos perdiendo poco a poco nuestros lugares de referencia. El emigrante canario jamás olvida la orilla de la que partió ni los palmerales que fue dejando atrás a medida que se adentraba en el océano. No seríamos los mismos sin la presencia siempre cercana de la Phoenix Canariensis. Cuando vivía en Madrid y acechaba la nostalgia, lo único que me consolaba era la visita a la palmera canaria que está en el Botánico, muy cerca de la famosa estatua que tantas veces cantara Radio Futura en los años de la Movida. No había mar, pero las palmas lejanas que se mantenían a salvo del frío y de la canícula mesetaria me ayudaban a endulzar la distancia y esa saudade canaria que viene de nuestra herencia portuguesa.

La danza de las palmeras cuando sopla el viento que amenaza con derribarlas demuestra que incluso en los peores momentos hay que apostar por la belleza como arma de defensa. La palmera sólo baila para defenderse del viento, y cada una de sus palmas improvisa una danza armónica y estéticamente sublime. Si se empeñara en comportarse como el viento para luchar contra él caería irremisiblemente al suelo. A veces cae, pero lo hace con la dignidad que siempre conserva quien ha perdido sin traicionarse. Y además nosotros sabemos que no sólo el sauce es llorón: también las palmeras, recién mojadas por la lluvia o la tarosada, destilan lágrimas lentas. Algunas se condensan luminosas en támara y dátiles que contribuyen a que no perdamos la necesaria nostalgia atávica de los paraísos.

Las palmeras guardan entre sus sombras el eco de todos los pájaros luminosos que dejaron de arribar a estas costas cuando empezamos a confundir el paraíso con los reclamos satinados de las agencias de viaje. Aquellos pájaros fueron los primeros que llegaron huyendo del frío del norte. Los palmerales conservan los ecos de aquellas tardes de trinos festivos cuando caía el sol entre el jable y la sombra negra de los volcanes. También sabemos que no es el junco la única especie que se adapta a los vientos y a los grandes desajustes meteorológicos. Los canarios siempre hemos sabido que son las palmeras las que se doblan desde mucho más arriba para no caer. Pero ahora nos toca a nosotros evitar que los picudos que hemos traído desde muy lejos acaben echando abajo ese sueño. Ya no les vale sólo con haber aprendido a danzar para ganarle la batalla a los vientos.

CICLOTIMIAS

No olvides nunca que cuando lloras también estás escribiendo.

santiagogil@santiagogil.com

MI BLOG: www.santiagogil.com

PUBLICADO EN CANARIAS7